

Queso, pan y castañas, ¿que mas quieres?
Y en este arroyo el agua que refresca.

FLORENIO.

Hágase amigo como tú quisieres;
Esten como ahora estan nuestros zurrones,
Harás de mí lo que de nadie hicieres
Al mismo corte de tus invenciones.

EGLOGA TERCERA.

Ya sobre los cercanos montes que al rústico cantar de los pastores suspensos habían estado, el nocturno carro de la encantada luna con plateadas ruedas iba subiendo, y las fogosas estrellas á porfia por las celestiales ventanas mostrándose hacian con su presencia mas breve el curso del claro dia; y no solo ellas antes de tiempo salieron á gozar el dulce canto de nuestros Apolos, mas la sagrada junta de ninfas y faunos entre los vecinos árboles por escuchar sus canciones dejaron olvidar los comenzados bailes. Y ellos, habiéndoles puesto dichoso fin, por ser el lugar acomodado á pasar lo que de la noche quedaba al abrigo de aquellas piedras, envueltos en sus pellejos, y contemplando el curso de las estrellas, sabrosamente se quedaron dormidos. A mí solo, á quien alguna oculta y poderosa deidad la quietud del corazon ocupaba, no así fácilmente me fue licito gozar el general alivio del silencio, antes mientras él entendia en ablandar los cuidados de los mortales, puesto por testigo al universal reposo, me quedé sin lo poder excusar llorando males á solo mi sentimiento concedidos, hasta que la blanca estrella del

alba con su tierna luz clareó el camino á la fresca Cloridis, para que de su olorosa falda nuevas rosas y flores gozase el mundo. Yo entonces, dando lugar á los importunos cuidados, con mi cabrito en los hombros, no menos placentero y alegre que el dia, llegándome iba á la ribera, cuando de entre los álamos del rio, Gracildo pastor de un hato de ovejas repastándolas salia, no tan rústica y descuidadamente que con su donaire no pusiese nuevo regocijo y deleite al campo, antes habiendo de olorosas yerbas hecho á su caperuza una guirnalda, con ella tan gallardamente iba coronado, que á la primera vista creí que Apolo segunda vez hubiese bajado á ser pastor de nuestras selvas; y mas cuando al son de una flauta comenzó á alegrar la ribera con esta cancion, que parece la iba leyendo en la hermosura de la mañana.

GRACILDO.

Encrespados riscos de oro,
Montañas de plata y nieve,
Huecos peñascos que el aire
Los ensancha y los reviene:
Vellones de ámbar bruñido,
Que aljofar y grana llueven,
Realzando mil plumages
De púrpura y rosicleres;
Aquí se enriscan montañas,
Allí se encaraman sierpes,

Acullá nacen dragones
Que se transforman en gentes.
Allí se desgaja un risco,
En quien parece se embebe
Cuanta beldad y hermosura
El cielo en sus senos tiene:
Acullá se empina y sube
Otro con tales relieves,
Que las sombras con las lumbres
Vistosos brocados tejen.
Arrebólase un celage,
Otro se amortigua y muere,
Este se mancha de azul,
Y aquel de un color ardiente.
De todo esto nace el dia,
Coronadas ambas sienes,
A quien le dice un pastor:
Luz que de mi oriente vienes,
Pues tus esmaltes hurtaste
De las mejillas que suelen
Prestarte luz y hermosura
Cuando así extremarte quieres:
Dime, luz preciosa y clara,
Así el tiempo te conserve,
¿La que mis gustos alumbrá,
En cual de tus rayos viene?
Por su horizonte pasaste,
Mañana florida y verde,
Y tus flores á sus rosas
Pues te las dió se las debes:
Entre esas yerbas y aljofar

Que sobre esmeraldas viertes,
 ¿ Viene alguna de los ojos
 Que á los míos tantas deben?
 Porque si un aljofar suyo
 En los tuyos entremetes,
 No es mucho que tu hermosura
 Tan á los extremos llegue.
 En esto alteróse el aire,
 Y en un momento se vuelven
 Las que eran vislumbres de oro
 En relámpagos crueles.
 El rosicler y la grana
 Se destiñen y se pierden,
 Los encrespados se allanan,
 Los ámbares se escurecen,
 Los pinjantes de las nubes
 Y sus bordados doseles
 Vueltos en paños de luto
 Se enturbian y entenebrecen.
 Suena el aire, brama el viento,
 Y de los rayos que llueven
 En las bóvedas del cielo
 Retumban entrambos ejes.
 Forzado se entra Beraldo
 En su aborrecido albergue,
 Por huir la tempestad
 Que vientos contrarios mueven;
 Y al retirarse forzado,
 Entre enemigas paredes
 Dice, mirando del tiempo
 Las tragedias y reverses:

Si mi gloria me han robado
 Tus mudanzas y vaivenes,
 Ellos me la volverán,
 Que el tiempo todo lo puede.

Ya Gracildo había acabado su cantar, y los alegres ruseñores de nuevo comenzaban el suyo, cuando llegué á saludarle; y él espantado de verme: ó mi serrano, dijo, los faunos sean en tu guarda, como yo descuidado venia de encontrarte, ó que hubieses vuelto á estas riberas; mas el cielo que prosperar quiso mis agüeros, los tuyos haga dichosos: y pues mi cantar se acabó, no pierda la mañana su comenzada alegría, aumentenla tus canciones, ahora con ellas los fuegos de Galatea resucites, ó á Filis nuevas alabanzas prometas, si entre las amortiguadas cenizas alguna centella de amor te ha quedado. Canta pastor, que las musas te sean favorables, apacentaré entre tanto mis cabritos, que por las sagradas ninfas juro, así con alegre aplauso hagan mis versos dignos de sus oídos, que ninguna cosa me sea de mas gusto que escucharte. Yo entonces, casi sin hallar excusa á tan poderosas palabras, al son de su flauta canté desta manera:

SERRANO.

Carbunclos que enamoran y deslumbran
 Las almas y los ojos que los miran,
 Fuegos que al corazon mil rayos tiran,

Nortes que sobre el mar de amor relumbran
 Aguilas que á los cielos dó se encumbran,
 Almas cual nuevos Ganimedes tiran,
 Espejos dó las gracias se remiran,
 Lámparas que la tierra y cielo alumbran,
 Esmeraldas de gloria guarnecidas,
 Soles del sol del cielo trasladados,
 A cuya luz florecen nuestras vidas:
 Misterios son y oficios levantados
 Dó estan vuestras hazañas escondidas,
 Hermosos ojos verdes y rasgados.

Apenas habia llegado al fin de mi destem-
 plada música, cuando hácia la parte del rio de
 improviso se oyó sonar un rabel con armonía
 tan digna de escucharse, que Gracildo, asom-
 brado de su dulzura, atiende pastor, me dijo:
 ¿tú no sientes la nueva alegría que por la ri-
 bera hoy mas que otro ningun día parece que
 va naciendo? Todo el campo está dando de sí
 suaves olores, los pájaros nuevos y no apren-
 didos cantos; y entre los pinos aquí suena un
 rabel, allí una zampona, y acullá una flauta,
 como si todo el placer de la tierra en estas
 selvas estuviera abreviado. Por cierto, pastor,
 yo nunca con semejante vida envidiaría las
 grandes ciudades donde todo es inquietud, y
 apenas una hora de sosiego se alcanza; ni me-
 nos puedo entender que tú, aquel que por el
 ancho mundo otras riberas has devuelto y pi-
 sado campos mas espaciosos, vida de igual gus-

to á esta hayas encontrado. Esto Gracildo me
 decia, y yo con callar bien confirmaba su opi-
 nion: porque verdaderamente, todo lo que
 desta primer simplicidad del mundo se desvía
 mas á su dañosa muerte se llega. Y caminan-
 do siempre por entre los árboles, luego que
 descubrimos á Arcisio sentado al pie de un
 laurel, por no impedir su regalo con nuestra
 presencia en aquel mismo puesto nos queda-
 mos; y él, habiendo con humildad adorado el
 primer rayo del sol que en aquel punto llega-
 ba á saludarle, de un doble de su caperuza sa-
 có unos cabellos, así hermosos y de color del
 día que ningunos ojos hubiera tan invidiosos
 que les negaran ser rayos de aquella misma luz
 que su pastor poco antes adorado habia; y él
 en mayores pensamientos ocupado puso la ca-
 peruza en el suelo, sobre ella los cabellos y
 no muy desviada su alma; y mas se les debia,
 que sin duda eran hermosos sobre todo encare-
 cimiento. Y despues de haberse en su contem-
 placion suspendido un rato, como de un nuevo
 furor arrebatado á un tiempo puso la mano
 en el rabel, los ojos en los cabellos, el pensa-
 miento en su dueño, el arquillo sobre las cuer-
 das, y en nuestros oidos estas palabras:

ARCISIO.

Hebras del oro que el oriente envía
 Tras el rosado carro de la aurora;
 Lazos donde enredada mi alma mora

Cautiva con cadenas de alegría;
 Rayos de luz, de quien la toma el día,
 Soles con que el del cielo se desdora,
 Tesoros dó la gloria se atesora,
 Que en ricas minas del amor se cria:
 Ambar, madejas de oro, lazos bellos,
 Lumbres del cielo, rayos de la vida,
 Luces del alba, flechas amorosas;
 Nombres propios son vuestros, mis cabellos,
 Sacados de la gloria, que escondida
 Está entre aquesas redes milagrosas.

Por cierto, dijo Gracildo, acabando de oír al que cantaba, presumidos pastores hay en estas montañas. A mi parecer poco desdicen estos cantares de los que en otras mas arriscadas se oyeron; y no sé si me pesa que ya las nuestras vayan perdiendo aquella simplicidad y llaneza de sus dorados siglos, donde sin tantos rodeos solian decirse las cosas. Yo á lo menos temor tengo de los vengativos dioses á quien este cuidado toca, que indignados de semejantes altiveces envien por nuestros ganados algun riguroso castigo. ¿Y cómo, respondí yo entonces, tú, ganadero, piensas que en las selvas todo ha de ser ovejas y parrales? ¿Nuestros faunos tambien, y las ninfas de nuestros montes no tienen sus divinos lenguages, que no á toda lengua es lícito pronunciarlos? Todo lo dan las musas, y todo cabe en sus dones. ¿Quien duda que siempre las retamas no amar-

guen, y el lantisco sea acedo? Y como á otros pastores he oido, permitido nos es arar el campo á los que de sus frutos vivimos; y no por eso las guirnaldas tras el largo trabajo en los retorcidos cuernos de los bueyes parecen mal, ni á los que de ásperas bellotas nos mantene- mos la olorosa manzana ó la cuajada tierna es aborrecible. Al tiempo que yo esto decia, ya donde Arcisio estaba gran suma de vaqueros y pastores habian llegado, y entre ellos Melancio no con mas alegría ni menos pena que antes; mas Arcisio que de placentero y alegre se preciaba, al tiempo que nosotros con ellos nos juntamos, estas palabras le decia: aunque yo, Melancio mio, si el cielo por bien lo tiene, seguro viva de semejantes dolores, por lo que al universal placer toca puedes de mi ánimo creer que con no pequeño gusto, el que ahora en tí falta, buscaria si la ventura para hallarlo algun camino me descubriese, sin temer dificultades que en estas cosas son el toque de los verdaderos amigos. Mas ahora, en tanto que el poderoso tiempo á tu corazon restituye el que le falta y á tus cosas el verdadero punto de su concierto, si algo puede la razon en corazones afligidos, toma, si querrás, mis consejos, que el cielo te dé con ellos aquel descanso y bien que ellos querrian darte. Y si á dicha tus ganados están enfermos, tus ovejas no paren, ó flacas andan por la sierra tus cabrillas, quizá la tierra lo hace, múdales, serrano, el pas-

to, cobrarán salud: procura nuevas dehesas, busca yerbas mas saludables, si las que ahora pacen son dañosas. Mas si como Eupites me afirmó, zagal en semejantes pasiones mas que los otros serranos entendido, tu desasosiego nace de amor; no por eso te juzgues por de todo punto perdido, que si á creerlo te atreves, no hay lazo tan apretado que no afloje ó quiebre: algunos de los que hay aquí saben bien qué es amar pastoras, y mas si aciertan á ser hermosas, altivas y discretas: la tuya quizá lo tiene todo y eso basta para que cuando ella use de mayor rigor, tú mueras mas contento. Peina tu cabellera, adereza tu pellico, labra un buen cayado, remienda tus abarcas, pon orden en tu apero, trátate bien, no des en andar mustio y aflijido, muéstrate regocijado y placentero y mas en presencia suya, que con tanto te saldras; ni creas que has de bailar mas de como á los principios te ensayares, si de no ser nada suyo mereciste, como me han dicho, ser por tu diligencia favorecido, ahora que tienes el mayor camino andado persevera á pesar de la fortuna. Mira, carillo, cuando yo amaba, como tú sabes, á Galatea, era tan nuevo en esta escuela de amor que apenas conocia el maestro: todo como á tí se me iba en melancolías: si llevaba mi ganado á la sierra, el día entero pasaba echado entre matorrales, llorando por ver la causa de mis males; y cuando sin pensar la vía, apenas me atrevia á mirarla;

en medio del ventisco y hielo me sentia abrasar, y mas de una vez echado sobre mi capote al abrigo de algun majano y al rayo de nuevo sol de abril me vi temblar de frio: si en el prado los pastores salian á bailar, yo envuelto en mi gaban y cuidados, las lágrimas no me dejaban tan desocupados los ojos que pudiesen ver sus mudanzas, viéndose en las del rostro lo que mas procuraba encubrir: al fin yo solo estaba puesto por compasion del mundo, no teniéndola nadie de mí; traía el pellico desaliñado y lleno de pajas, las polainas mal puestas, medias sin senogil, zapato desabrochado, rebujado el cabello, perdido el color y mas perdida la esperanza de contento. Mas luego que la rigurosa Galatea troqué por mi nueva Cintia, de la muerte saqué vida y de los trabajos pasados el descanso y paz que tengo: dí luego en pulirme, compré el gaban que me pongo los disantos, cinto ancho y zurrón nuevo, y sobre todo buen talle y rostro alegre, y al fin por saberme valer de un paso en otro vine á salir de la muerte en que estaba y entrar en la vida en que estoy: así tú harás, y así ruego al cielo te suceda. Y porque ya otras veces he oido decir que á enfermedades de imaginacion su medicina es divertirla, saca tu zampoña que quiero con esto desvelarte; gozarse han las selvas en oírte, y quizá tus males de asombrados así huirán de tí, como tú de los placeres huyes. ¿Quien hay en el mundo

tan ajustado en sus cosas que una vez no llore y otra se halle contento? Todo lo acarrea el tiempo, y cada fruta tiene el suyo. Así Arcisio decia; y tomando su rabel comenzó á cantar, y á responderle Melancio.

ARCISIO. MELANCIO.

ARCISIO.

Dime pastor, ¿á un pecho alborotado
De un liviano temor cualquier reposo
No bastará á dejarlo sosegado?
¡Mira que caso bajo y vergonzoso!...
Pueda aquí la razon hacer su oficio,
Y tú ser mas discreto que celoso.
Vuelve con paso llano á tu ejercicio,
Que vivir siempre á sombra de opiniones
Es levantar las cosas de su quicio.
Limpia y escombra el pecho de invenciones,
Que si una vez te haces señor dellas
Fácil será romper las ocasiones.
Cuantos peces el mar, el cielo estrellas,
Aves el viento y los collados flores,
Tiene amor sinrazones y querellas.
O no pongas el gusto en sus favores,
O estímalo en precio moderado,
Si te costare un bien muchos dolores.

MELANCIO.

¿A un corazon de veras agraviado
Le das tú la razon por medicina?
¿Razon se admite en pecho lastimado?

Amor es ciego, á la razon no atina;
Si hiere el alma ofusca el pensamiento,
El uno muere, el otro desatina.
Dame, pastor, tu libre entendimiento,
Y darte he en trueco yo todos mis males,
Hechos aire y sembrados por el viento.

ARCISIO.

Las grandes cosas piden sus iguales;
Ni rinde al diamante el hierro duro,
Ni el agua ablanda duros pedernales.
Para allanar ese encantado muro,
Que ahora á la razon le quita el paso,
Fuerzas son menester de ánimo puro.
Desear la victoria es todo el caso;
En este punto tu salud se encierra,
De todo lo demas no hagas caso.
Yo vi, pastor, un dia en otra tierra
Que mil consejos á los hombres daba
Para alcanzar victoria desta guerra.
Si supiera decir lo que cantaba,
Yo pensara de cierto que á sanarte
Oirlo solamente te bastaba.

MELANCIO.

Trabaja, compañero, en acordarte,
Y canta en mi dolor un cantar nuevo
Que las ninfas se gozen de escucharte.

ARCISIO.

Escucha ahora en tanto que yo pruebo
A acordarme mejor de sus canciones,
Que ya el principio en la memoria llevo.
Con ellas se curaron mis pasiones

Aunque ásperas y duras de tratarse,
Sanando á la razon buenas razones.

MELANCIO.

Comience pues tu canto á mejorarse,
Que tras el primer verso, segun creo,
Luego los otros suelen acordarse.

ARCISIO.

Cuando por dar contento á Melibeo
Fuí por otras riberas y cabañas,
Cansado, y mas cansado mi deseo,
Pasé unas grandes selvas y montañas,
Y cuanto mas andaba, parecia
Que el fuego era mayor en mis entrañas.
Al fin por nuevas sendas hallé un dia
Una nueva y fresquísima floresta,
Donde un sabio pastor viejo vivia;
Y allí, mientras pasábamos la siesta,
Esto le oí cantar con voz divina,
El haciendo una jaula, yo una cesta:
Pastor, si á desear salud te inclina
La pena y el dolor que te atormenta,
Y la razon tus pasos encamina,
Óyeme ahora, sin que en tí se sienta
Flaqueza alguna, que es un sentimiento
Que al niño infama y la vejez afrenta.
Huye la ociosidad, ama el contento,
Que si amor busca gente descuidada,
La soledad levanta el pensamiento.
Echa en el hombro la industriosa azada,
Labra tu viña, planta tus parrales,
La fresca vid al álamo arrimada:

Haz en tu huerto al agua sus canales,
Con esto agotarás la de tus ojos,
Quedando claros para ver tus males.
Ocúpate en arar nuevos rastros,
Y escardando en el trigo las espinas,
Arrancarás del alma los abrojos.
Busca en las selvas entre flores finas
El cuidadoso enjambre, edificado
En secos troncos sus sabrosas minas.
En esto irá tu corazon cobrando
Un alivio tan poco conocido,
Que aun sin él pensarás que estás penando.
Fingete sano; ya me ha acontecido
Fingir que duermo, y con estar despierto
Hallarme sin saber como dormido.
Deja la ociosidad, esto es muy cierto,
Que la imaginacion della ayudada
Resucita al amor cuando mas muerto.
Si es nueva la pasion, será arrancada
Con mas facilidad, que el tiempo deja
Seca la miel, la uva sazónada.
¿Tú ves aquella encina dura y vieja?
Un riempo fue pimpollo ternezuelo
Liviano de rendirse á cualquier reja.
No dilates los dias, que en su vuelo
El mal crece, y si llegas á mañana
Mas caro ha de vendérsete el consuelo.
El nuevo rio que en su fuente mana
Es fácil de atajar y darle vado,
Camina manso y por su vega llana:
Llégasele un arroyo y otro al lado,

Y soberbio, hinchado y caudaloso,
 De su primera fuente va afrentado.
 Aunque el amor es mal, es mal sabroso;
 Y así nos remitimos á otro día,
 Que siempre se apetece lo dañoso.
 No pierdas tiempo, que por esta vía
 Lo que de diligencia no se gana,
 Pierde tu corazón de mejoría.
 Herida he visto yo harto liviana,
 Peligrosa despues por dilatarse;
 Quien hoy no puede mal podrá mañana.
 Cuando es nuevo el amor ha de atajarse,
 Que por medio el furor de la corriente
 Querér pasar el río es anegarse.
 Pero si el mal en su vigor se siente
 Ya del todo en el alma apoderado,
 A viejo amor remedio diferente.
 Si poco á poco al hueso ha penetrado,
 Poco á poco también será expelido:
 A vieja enfermedad nuevo cuidado.
 Saca tus ovejuelas al ejido;
 El fértil campo y el agricultura
 Son medicina al pecho mas herido;
 Ver los bueyes abrir la tierra dura,
 Sembrar á logro cierto alegres prados,
 Gozar la fruta y su primer dulzura.
 Los árboles de flores estrellados,
 Las sierpes de cristal que las enredan,
 De cantorcillas aves visitados:
 Vuelan las unas y las otras quedan,
 Al murmurar del agua concertando

Los dulces cantos en que nos remedan,
 ¡Cual de quejas el aire está sembrando,
 De zelos llena, y cual de triste olvido!
 Hasta allí ¡ó falso amor! llega tu mando.
 Pues tras esto hallarse acaso un nido,
 Y á su dueño expiar tras una mata,
 Podrá traerte un rato divertido.
 Con esto un grande amor se desbarata,
 Si prendes el zarzal y quedas sano
 La salud se te vende bien barata.
 ¿Hay gusto igual, si sales el verano
 Sin sol el día, el campo verde y tierno,
 Que echar un par de liebres por el llano?
 ¿Pues en el blanco y encogido invierno,
 En tu cabaña al fuego recostado,
 Cómo te hallará su llanto eterno,
 El zurrón proveído, el río al lado,
 Tiernas castañas y manteca fresca,
 Las migas hechas y el corral nevado?
 Siembra tu pedernal fuego en la yesca,
 Y el amor en tu pecho brasa viva
 Una se apaga y otra se refresca:
 Mas en tu alma su veneno priva;
 Procura ser señor de tus pasiones,
 Que es lo que todo su poder derriba.
 Ama el trabajo, huye de ocasiones,
 Busca la ausencia, hallarás la vida,
 Vete á la villa, deja tus rincones.
 El alma se te parte á la partida;
 Animo, que vencer dificultades
 Nos hace la victoria mas cumplida.

Libres son las humanas voluntades,
 El cielo las crió sin ligadura,
 Y es todo lo demas curiosidades.
 Esto en language lleno de dulzura,
 Y en tono mas alegre que no el mio
 Cantó el pastor sentado en la frescura;
 Y porque vió que entraba su cabrío
 Ya tras la nueva yerba por el monte,
 Se fué tras él, y yo pasando el rio,
 El sol pasó tambien nuestro horizonte.

EGLOGA CUARTA.

Apenas Arcisio, poniendo fin á su canto, nos sacó de la agradable suspension en que nos tenia, cuando por entre una rama y otra vimos venir hácia nosotros un pequeño árbol, cosa cierto digna de contar, y que muchos de los que allí estábamos creimos que alguna amorosa ninfa de la vecina selva dentro de su misma corteza bajase á oir nuestra conversacion, ó que el poderoso canto de Arcisio trajese así los árboles, como en aquellas primeras edades del mundo lo hacian las rústicas zampoñas llenas de divinos ayres; por cuya ocasion ninguno hubo allí tan desenvuelto á quien un religioso temor no estrechase los hombros. Mas ya que el esperado prodigio mas á nosotros se fue llegando, todos con mucha risa celebramos nuestro pasado encogimiento, viendo el temeroso monstruo convertido en el pastor Delicio, que así vestido venia de floridos ramos, como si los pinos de aquella sierra nuevamente se hubieran hecho sus compañeros; en cuya apacible figura, segun despues nos contó, hasta entonces en la amada Erifile habia expiado un rui señor que en la mano tenia, y lo que mas era de mirar, el seno lleno de bellotas, así dulces y crecidas que